

# LA MALICIA DEL MUEBLE

EL ÚLTIMO ENSAYO DE ALFONSO REYES



*Unos días antes de su muerte Alfonso Reyes envió a Excelsior una nota sobre Genaro Fernández MacGregor que acababa de fallecer. "La malicia del mueble" no fue pues su último texto pero sí su último ensayo, seguramente destinado a formar parte de la tercera serie, aún hoy no publicada, de Las burlas veras. Siempre generoso con los jóvenes, Reyes mandó y dedicó esta página a Juan Vicente Melo que en 1959 había iniciado un suplemento, "La Semana Cultural", en El Dictamen de Veracruz (JEP).*

*A Juan Vicente Melo*

¡Oh gustosa continuidad! Cuando se vive en trato constante con la pluma, la sola armonía de la vida comunica al trabajo del escritor una coherencia más legítima que la de los sistemas artificiales buscados y —sin remedio— siempre algo "traídos de los cabellos". Hace muchos años yo hablaba de la insistencia con que ciertos humildes objetos —los cuellos viejos, las navajitas de afeitar— parecen pegarse a nuestra vida. Les llamé los objetos moscas.

He aquí: ahora se me ofrece delatar otro mal de las materialidades que nos rodean.

He aquí que los muebles, testigos mudos de nuestro existir que adquieren poco a poco a fuerza de vernos y de palparnos o de sentirse palpados por nosotros, una manera de muda y sigilosa conciencia. Animales estáticos y, al parecer, enteramente pasivos, nos acechan y nos van envolviendo en una baba invisible de intenciones. Como al fin son nuestros esclavos las intenciones son vengativas: hay en los muebles una rebeldía expectante, una paz armada, una actitud de guerra fría, para decirlo en la lengua de nuestro tiempo. Y en ocasiones, allá cada vez que se atreven y confían en no ser descubiertos, nos lanzan un zarpazo oscuro.

Si se cae el lápiz, ya se sabe es inevitable: la comodita se las arregla para hacerlo rodar, atraerlo, metérselo atrás o debajo, (guardárselo en el seno, al modo de las cortesanas), de forma que no podamos encontrarlo. Los plúteos dejan caer los papeles hasta el fondo del escritorio. Al Fulgencio Tapiro de Anatole France se le derraman las papeletas por toda la estancia como una cascada de primavera. El libro que nos está haciendo falta se esconde, subrepticio, entre sus semejantes, que "juegan de codos" para disimularlo. Cuando la señora busca una aguja, pide al destino un alfiler, y al contrario, porque el destino nunca de exactamente lo que de él se espera.

No hay pata de la mesa que pueda atreverse a decir (o es una descarada embustera): "Nunca te he pegado en las espinillas". ¡Qué pocos sillones podrán jactarse de no habernos estorbado el paso! ¡Qué pocos cajones, qué pocos agarraderos, de no habérsenos enganchado en el bolsillo cada vez que les es posible, con el manifiesto propósito de rasgarnos la prenda! Y ya he contado (*Los siete sobre Deva*) de las butacas que se tragan las tijeritas y los dedos y los aprisionan en los forros.



La tinta de la estilográfica se agota precisamente a la hora de la inspiración. O sobreviene el corto circuito al tiempo de hundir el bisturí. La portezuela del auto nos agarra los dedos. El velo prendido al vehículo y que estranguló a Isadora Duncan lo hizo de propósito, según las últimas investigaciones. Al Conde Esteban Collantes se le saltó la botonadura de los pantalones —y fue de intento—, cuando pronunciaba un ardoroso discurso en la Cámara de los Diputados de Madrid, de donde la gente dio en llamarlo “estaban colgantes” (así como a sus hijas que vestían a la moda vieja, “estaban como antes”).

La tetera se desfonda de pronto, y siempre a la hora crítica de servir el te a los amigos. El estoque salta en el descabello, y clava de arriba a abajo al más inocente de los espectadores.

Don Quijote —sabio entre todos— prefirió la fe a la comprobación y, advertido por el ensayo anterior, no quiso pulsar por segunda vez la resistencia de la celada que tan trabajosamente se fabricó, así como el que cierra los ojos a los posibles desmanes

de su amada y sigue entregándole su confianza. Y no hace otra cosa el que compra una vajilla irrompible y, conocedor de la armonía de estos enseres, prefiere recomendar que nadie los toque. El cilindrero se queda con el manubrio en la mano a la hora más sentimental de Agustín Lara; y al galanteador le suena el teléfono a deshora. El ratero tal vez se dejó la protectora alpargata —el pie de gato del ladrón que decía el inmortal don Benito—, y sucede que los zapatos le rechinan, porque tampoco se acordó de pagarlos.

El ascensor (vulgo “elevador”) se desploma cuando lo acaban de aceitar. La máquina de escribir se atranca como mula en lo más florido del cuento. Aquella mecedora nos tiene locos: ha dado en balancearse sola...

Y así, en inacabable desfile, la imperceptible rechifla, la quieta burla, la malicia de los muebles que fingen —sin embargo— ser nuestros más fieles amigos.

13 de diciembre de 1959

